

ENTRE LA BELLEZA Y LA FE

EL ESPACIO

HISTORIA Y ESTILO

La iglesia de La Purísima de Salamanca, al igual que el Convento- en el que desde 1641 ora y trabaja una Comunidad de RR. Agustinas, fue construida por iniciativa de los Condes de Monterrey, don Manuel de Fonseca y Zúñiga, virrey de Nápoles desde el año 1631 hasta 1637, y doña Leonor María de Guzmán, hermana del Conde-Duque de Olivares.

Está ya ultimada La Purísima de Ribera y la mayor parte del resto de lienzos; además C. Fanzago ha concebido y en parte ha ejecutado también allí los elementos decorativos: retablos, estatuas, púlpito, etc... cuando B. Picchiatti finaliza en Nápoles los planos de la iglesia. Por eso se da en esta iglesia una circunstancia especial y casi única: se preparan primero los elementos decorativos, sobre todo el retablo de C. Fanzago y La Purísima de J. de Ribera, y después se proyecta y se realiza el espacio arquitectónico que los muestra.

Se consigue así una extraordinaria conjunción estética entre los mármoles italianos y la piedra salmantina; entre los elementos decorativos y el espacio arquitectónico; entre la pintura, la escultura y la arquitectura.

El resultado es un suave barroco muy napolitano, casi manierista en algunos detalles, más cercano al último renacimiento que al pleno barroco; con el austero complemento de la piedra franca de Villamayor. Todo esto, junto a la riqueza de los 16 lienzos que llenan de color grandes superficies, hace de esta iglesia un conjunto único en Salamanca, incluso en España. Las obras comenzaron en 1636 y duraron más de cien años.

La fachada, es similar a otras que C. Fanzago había proyectado para iglesias y palacios napolitanos y se corresponde exactamente en estilo y divisiones con el interior, dando así unidad y armonía a toda la obra.

La cúpula, levantada con nuevo diseño después de su derrumbamiento en 1657, es valiente y esbelta, llenando de luz, con sus ocho grandes ventanales, todo el crucero.

EL RETABLO MAYOR

Por encargo del Conde comienza C. Fanzago su ejecución: tres calles con cinco huecos para los lienzos y un remate central con vano incluido. Es un precioso trabajo de incrustación, con mármoles blancos de Carrara, rojos de Verona, amarillos de Siena, negros de Bélgica, verdes de Calabria... hasta conseguir un resultado pleno de belleza, armonía y color.

Con esta misma técnica realiza C. Fanzago las bancadas colocadas actualmente en los laterales del presbiterio; eran la base para una reja que cerraría el presbiterio y que nunca se colocó. También es obra suya el tabernáculo, de bronce, lapislázuli, ópalo y jaspe; así como el resto de complementos, retablos del crucero, marcos de mármol para los lienzos, púlpito, escudo de la casa de Monterrey, etc ..., diseñados y cortados en Nápoles y montados en Salamanca.

Cuatro estatuas -María Magdalena, Virgen María, San Juan y Santiago- rematan el retablo a los pies del Crucificado. Es un precioso Calvario, en mármol de Carrara, obra de C. Fanzago.

Los siete grandes lienzos, buena muestra de la pintura napolitanana del XVII, le dan al frontal la alegría del color y una especial belleza.

EL PÚLPITO Y EL ESCUDO DE LOS CONDES DE MONTERREY

Se abre el púlpito como un gran balcón que domina toda la Iglesia y es una obra maestra del arte de la incrustación, con bellos contrastes y combinaciones de formas y colores. El gran escudo, que refleja la larga y noble ascendencia de los Fonseca y de los Zúñiga, sorprende por su belleza y acabado.

PINTURA

Con la excepción de San Agustín y el ángel, en el retablo mayor, que vino más tarde desde los Países Bajos y desde el taller de Rubens, los otros 15 lienzos hacen de esta iglesia una buena antología de la pintura napolitana del siglo XVII.

La Purísima

José de Ribera, 1635. Firmado: Jusepe de Ribera, español valenciano 1635

Este lienzo es desde el principio razón y eje en la construcción de la iglesia y desde entonces constituye el centro al que se dirige inevitablemente la mirada y la admiración del que lo contempla. Representa a la Inmaculada Virgen María, en un momento de grandes controversias en la Iglesia sobre la concepción sin pecado de la Virgen María como testifica la inscripción del lateral derecho del presbiterio.

Dios Padre y el Espíritu aparecen sobre ella rodeados de ángeles, la Virgen María se levanta sobre la tierra acompañada de un coro de ángeles que presentan algunas de las invocaciones y signos marianos, a sus pies la luna y sobre su cabeza la corona de doce estrellas, como presenta a la Mujer el Libro del Apocalipsis. Todo el cuadro, la composición, el color, los símbolos, el movimiento de las formas, las líneas de fuerza, la distribución de masas de color y de figuras... hacen de esta obra una de las cumbres de la pintura mariana.

La Piedad

José de Ribera. Firmado: Jusepe de Ribera. español 1631-

Remata el retablo en dramático contraste con el color y la luz de La Inmaculada; sobre el fondo oscuro resaltan el cuerpo muerto de Jesús y el rostro sereno y dolorido de María.

San Joaquín y Santa Ana

Obra italiana del S. XVIII. Representa a los padres de María en el momento en que, según

cuenta una antigua e ingenua tradición, se abrazan ante la Puerta Dorada del templo de Jerusalén. El colorido y los contrastes tenebristas lo convierten, junto con el lienzo de San José (siglo XVII) al otro lado, en adecuado contrapunto del lienzo central.

San Juan Bautista

G. Reni, sin fecha. La figura de Juan, esbelta y en estudiado y difícil equilibrio, destaca

explosivamente sobre el paisaje del fondo. Todo en el cuadro refleja las mejores características de la pintura de G. Reni.

San Agustín

De la escuela de P. Rubens, sin fecha. Es la única obra no italiana de la iglesia. Sin olvidar la vigorosa Creación del mundo, de G. Lanfranco, en lo alto del frontal.

Y ya en el crucero y en la nave destacar la calidad pictórica de San Jenaro y la fuerza del claroscuro de San Agustín, de Ribera; la claridad y la distribución de masas de La Anunciación de Lanfranco; la fuerza y el dramatismo de La Crucifixión, de Basano; el suave y cálido claroscuro de La Virgen del Rosario, de M. Stanzione.

II. EL SENTIDO

Es un espacio religioso, que fue pensado y construido como lugar de reunión y de oración. La belleza y el arte fueron creados para facilitar esta finalidad, que sigue siendo hoy la razón principal de esta iglesia.

Por eso recordamos estos tres pasos que revelan el sentido y la razón de los tres grandes espacios de la iglesia: el retablo, el crucero y la nave.

1. EL RETABLO MAYOR

La gloria de Dios y la gloria del hombre: es el mensaje del gran frontal del presbiterio: El planeta azul saliendo de las manos de Dios es el punto de partida; La Inmaculada Concepción de María, como imagen de la humanidad nueva, libre de culpa y de mal; esta concepción de María ya está sugerida, según piadosa leyenda, en el abrazo de sus padres Joaquín y Ana. Así la humanidad queda en la Virgen María y, desde ella y por su Hijo, en todos los hombres, honrada y redimida.

Pero a un alto precio: el Calvario, con sus cinco figuras en mármol de Carrara, y el lienzo de La Piedad lo recuerdan y lo muestran. Con dos testigos de excepción: José, que tuvo que tratar de cerca la profundidad del misterio, y Juan el Bautista, que lo anuncia y señala. Y una advertencia necesaria: si es imposible meter el agua del mar en un hoyo de la playa más lo es todavía comprender todo este misterio de Dios volcado sobre el hombre como advierte la escena de San Agustín

Y en este camino de gloria que Dios propone al hombre, María es anti-cipo y auxilio. Lo expresa Ribera, en un feliz hallazgo plástico y piadoso, con los símbolos marianos que rodean la imagen de la Virgen: luna, ramo de flores, tabernáculo, espejo, puerto, fortaleza, huerto cerrado, torre, rama de olivo, estrella de la mañana... Son las glorias de María y pueden ser también la gloria de todos los hombres.

2. EL CRUCERO Y LA CÚPULA

El círculo que se levanta, lleno de luz, sobre los cuatro pilares es la gloria de Dios -¡futuro del hombre!- que como perfecta y redonda realidad corona la obra humana limitada por las cuatro esquinas de la vida sobre las que se inclinan desde los capiteles las cuatro virtudes "cardinales" –prudencia, justicia, fortaleza y templanza- , que deberán servir de quicio a la vida si quiere alzarse hacia lo alto. Y siempre, arriba, el Espíritu de Dios, en forma de paloma, haciendo posible esa gloriosa ascensión humana

3. LA NAVE

Es el camino que va desde el misterio hasta la vida, desde el altar hasta la calle. Es el camino de la fe, recorrido en amor y con esperanza. El rito, la Palabra y el Sacramento llevan al creyente hasta el campo diario de la calle, donde tendrá que vivir y gozar lo que acaba de oír, ver y celebrar.

De esta forma el espacio entero de la iglesia es todo él una propuesta de pensamiento, de experiencia personal cristiana y de vida fiel en medio de la calle y de la vida. Y todo, además, bajo el amparo y la luz de aquélla, la Virgen María, que, como muestra y anticipo de la gracia de Dios, preside toda la escena.

De hecho desde hace algo más de cien años la iglesia es donde se reúne y celebra la fe la parroquia de La Purísima, que es la que acompaña a los creyentes en cada uno de estos pasos de la vida y de la fe.